

El cuerpo como territorio de la guerra: efectos micro políticos del conflicto armado en Colombia

Rafael Estrada Mejía*

Preámbulo

Los colombianos somos así, cuando más duro nos están dando, nosotros seguimos levantando la cabeza, así sea con dolor, pero la seguimos levantando. (Alicia Carroll, 2007).

Este artículo trata del cuerpo como blanco de la guerra. Me interesa abordar la relación entre cuerpo y poder, en el marco de la guerra en Colombia.¹ No estoy preocupado con relación entre cuerpo y violencia (dimensión sin duda importante) que ha sido bien trabajada por reconocidos y reconocidas investigadoras.² Sin embargo, recordemos que la violencia tiene por finalidad objetos, cuerpos o determinados seres a los que somete, altera deforma

-
- 1 Doctor en Antropología Social. Investigador postdoctoral en el Departamento de Geografía de la Universidade Estadual Paulista (Unesp) – Campus Presidente Prudente – e investigador-colaborador del Departamento de Antropología del Instituto de Filosofia e Ciências Humanas de la Universidade Estadual de Campinas (Unicamp). E-mail: patiancho@yahoo.com.br.
 - 1 Este artículo hace parte de mi investigación postdoctoral titulada *Ciudades heterotópicas y viajeros forzados: esbozos cartográficos y fantasmagorías urbanas*, la cual llevé a cabo en la Unicamp, con el auspicio financiero del CNPq, bajo supervisión de la profesora Suely Kofes.
 - 2 Como María Victoria Uribe Alarcón y sus trabajos *Antropología de la inhumanidad: un ensayo interpretativo del terror en Colombia* (2004); *Matar, rematar y contramatar: las masacres de La Violencia en el Tolima, 1948-1964* (1990); *Enterrar y callar: las masacres en Colombia, 1980-1993* (1995), escrito con Teófilo Vásquez; así como Veena Das con su trabajo *Sujetos del dolor, agentes de dignidad* (2008) y Myriam Jimeno Santoyo.

o destruye, mientras que el único ser de la fuerza es la relación y su propósito exclusivo son otras fuerzas, como resalta Michel Foucault (Deleuze, 1987, p. 99). En fin, la fuerza constituye una acción sobre una acción actual, eventual, presente, futura, un “conjunto de acciones sobre acciones posibles”: hacer más o menos probable, limitar o ampliar, dificultar o facilitar, desviar, inducir, incitar, producir un efecto útil, suscitar, combinar, o distribuir, serializar, componer, normalizar, como en el caso de las sociedades disciplinarias. En suma, la violencia no es constituyente de la fuerza, sino concomitante, consecuente (Deleuze, 1987). En este sentido, ¿cómo se expresan las relaciones entre cuerpo, poder y resistencia en las narrativas expuestas, presentadas, seleccionadas?

Consideraciones teórico-metodológicas

Ante todo hay que aclarar que la mirada micropolítica (Deleuze; Guattari, 1994) reposa sobre una concepción singular del cuerpo y el deseo. No se trata en absoluto del cuerpo de los órganos de la medicina, del *fitness* o de la etología, sino del cuerpo en el sentido espinosista y nietzscheano. Es decir, el cuerpo es aprehendido, en el primer caso, en su capacidad de afectar y ser afectado, en su doble dimensión de atracción y repulsión. En el segundo, lo que define un cuerpo es una relación entre fuerzas dominantes y dominadas. Cualquier relación de fuerzas constituye un cuerpo químico, biológico, social, político. Ya el deseo debe entenderse aquí en su doble dimensión de proceso de producción y poder. Por un lado, proceso de producción de subjetividades (universos psicosociales), o sea, el movimiento mismo de producción. El deseo en tanto movimiento de actualización de nuevos discursos y prácticas, bien como de desactualización de otros, arcaicos. Por otro, como dimensión de poder, diferente, pero tan importante cuanto la de relaciones de dominación. Esta dimensión consiste concretamente en las técnicas de subjetivación. Es decir, las diferentes estrategias del movimiento de actualización y desactualización de subjetividades, diferentes técnicas de subjetivación, en una palabra, micropolítica (Rolnik, 2011, p. 229). Pese a todo, es fundamental explicar que “micro” no tiene nada que ver con pequeño, ni tampoco con grupos pequeños o parejas en contrapartida al Estado y la sociedad. La distinción entre micropolítica y macropolítica se establece entre un funcionamiento que sólo activa la relación con el otro como una proyección

de mis representaciones que lo categoriza, que lo sitúa fuera de mí, es decir, la dimensión macropolítica. Ya cuando se trata de una subjetividad procesual, vulnerable a la presencia del otro, que se configura a partir de ahí, estamos hablando de micropolítica. Es necesario, además, distinguir los conceptos de subjetividad e individuo. Los individuos son producidos en masa, son serializados, registrados, modelados. Al contrario, la subjetividad es irreductible al individuo. Así, pues, la individuación de un cuerpo y la subjetividad son dos cosas completamente diferentes. Es claro que existen procesos de individuación de la subjetividad, es decir, momentos en que ella se reconoce en un ego, un cuerpo o una de sus partes o, incluso, en un sistema de pertenencia (corporal) colectivo (Rolnik; Guattari, 2011, p. 40). En suma, la subjetividad circula entre grupos sociales de diversas dimensiones, su naturaleza es social, aunque se asume y vive por individuos con existencias particulares. La manera como ellos la viven oscila entre dos polos, por un lado, el de la alienación y la opresión, de acuerdo con la cual el individuo se somete a la subjetividad tal como la recibe. El otro polo consiste en que el individuo puede vivir la subjetividad según una relación de creación y expresión, o sea, él se reapropia de sus componentes de tal manera que posibilita un proceso de singularización (Rolnik; Guattari, 2011, p. 42). Este último polo ha permanecido anestesiado debido a la actual y despótica política de subjetivación que se ha encargado de exaltar hasta el límite el individuo, el principio de identidad, que nos subyuga desde Aristóteles pasando por Descartes. Sin embargo, el segundo polo está inscrito en la memoria de nuestro cuerpo y puede ser activado a cualquier instante. Son exactamente procesos de individuación los que indagaré para el caso colombiano como consecuencia del encuentro con los estados de guerra prolongados (Uribe de Hincapié, 1998, p. 11-37; 1999, p. 23-47), sin perder de vista que ellos son transitorios.

A propósito, ¿cuál es el papel de las potencias de creación y resistencia en el contexto del Capitalismo Mundial Integrado? (Guattari, 1977). ¿Qué debemos entender por ello y cuál es su estatuto en el proceso de subjetivación en general, de modo que podamos problematizar su destino en la subjetividad contemporánea? Deleuze destacaba la relevancia de los siguientes cuestionamientos:

¿A qué poderes hay que enfrentarse y cuáles son nuestras capacidades de resistencia hoy, que ya no podemos contentarnos con decir que las viejas luchas no son válidas? Y sobre todo, ¿no asistimos, quizá, no participamos en

la ‘producción de una nueva subjetividad’? ¿No encuentran las mutaciones del capitalismo un ‘opponente’ inesperado en la lenta emergencia de un nuevo Sí mismo como núcleo de resistencia? ¿No se produce un movimiento de reconversión subjetiva, con sus ambigüedades, pero también sus potenciales, cada vez que se produce una mutación social? (Deleuze, 1987, p. 150).

Los modos de existencia humana se transformarían sustancialmente en función de la alianza entre el Capitalismo Mundial Integrado (Guattari, 1977) y la tecnociencia. La emergencia de esta mutación ocurriría en el último cuarto del siglo XX. En dicho momento el capitalismo haría de la fuerza de creación, de la potencia de invención, su principal fuente de valor, extraería plusvalía y la movería por todo el campo social. Esta percepción confirmaría que el capital libertaría la potencia de creación del arte como esfera independiente donde estaría confinada hasta entonces. En consecuencia, “la creación hoy no sólo dejó de ser maldita, sino que pasó a ser intensificada y mimada como nunca” (Rolnik, 2003).

A este respecto, Revel y Negri (2007) proponen que el capitalismo actual no puede consentir la desujektivación (individualización, serialización) de los hombres, amasar su carne para producir golems bicéfalos: el “individuo” como unidad de producción e la “población” como artefacto de gobierno masificado. El capitalismo no puede dejar que eso ocurra, en vista de que de ahora en adelante la fabricación de las subjetividades constituye el producto del valor. Aseverar que la producción se tornó “común”, no significa recusar la existencia todavía de fábricas, cadenas de trabajo y cuerpos aniquilados. Al contrario, quiere decir que el principio de la producción se desplazó. Crear valor actualmente significa colocar en red subjetividades, apropiándose, desviando y captando aquello que ellas inauguran y hacen de común. El capitalismo actual es dependiente de las subjetividades, se encuentra aprisionado a aquello que paradójicamente lo agota, ya que la fuerza de resistencia, la libertad intransmisible de los seres humanos es exactamente hacer valer el potencial de invención subjetiva, su potencia para producir lo común a partir de las diferencias, su multiplicidad singular. Los cuerpos y las mentes se transformarían en la cruz del capitalismo, dejarían de ser la carne de cañón de la producción. El capitalismo no puede existir sin lo común. Con él las probabilidades de reapropiarse, de entrar en conflicto y resistir se incrementarían inmensamente. Atrayente aporía la de un periodo que lograría por fin liberarse de la fascinación de la modernidad.

Viajeros forzados³ colombianos en São Paulo y Barcelona

Las narrativas que se abordan en este artículo fueron el resultado de “encuentros” concertados y motivados por preguntas que yo mismo planteé y grabé en los años de 2007 y 2008 en São Paulo y Barcelona, respectivamente. No olvidemos que el *encuentro* remite al devenir. De ello resultaron veintiocho relatos orales (dieciséis en São Paulo y doce en Barcelona) basados en un cuestionario guía. El tiempo de cada entrevista fue variable, hubo algunas que duraron una hora y otras inclusive cuatro horas, en algunos casos fue necesario grabar en días e locales diversos, escogidos preferiblemente por los entrevistados. Estos relatos no configuran en absoluto una biografía detallada, sino múltiples líneas que esbozan una trayectoria (Kofes, 2001, p. 22). Las entrevistas oscilaron en torno a tres ejes temáticos: la vida en Colombia, los motivos que originaron la fuga y la experiencia vital en los países, ciudades de destino, respectivamente, resaltando aspectos familiares, económicos, religiosos, políticos y laborales. Mi pretensión en ningún momento es la de cuestionar el estatuto de las trayectorias (historias, relatos) de vida, ni discutir su papel en la antropología, ni mucho menos abordar sus dimensiones informativas, evocativas o reflexivas (Kofes, 1998, p. 84ss.), tampoco pretendo adentrarme en la discusión sobre las dificultades del antropólogo sea para lograr la correspondencia entre vida, experiencia y narrativa, o para diferenciar estas tres dimensiones (Kofes, 2001, p. 153-154, 163); sencillamente asumo estas narrativas como un corpus en el cual procuro rastrear la línea molecular que atraviesa cada una de estas “individuaciones” con las que me “encontré”, el segmento en el cual aflora un devenir-extranjero posibilitado, potenciado, catalizado, por el “encuentro” con la guerra, con las fronteras, con los controles migratorios, con el ciudadano, con los estereotipos, con los acentos, con la imagería, etc. Abordo las narrativas orales en su dimensión de “bloques” de afectos, de sensaciones, etc., no de memorias, recuerdos remembranzas. Un bloque siempre es “actual”, presente, contemporáneo, mientras la memoria remite indefectiblemente al pasado. Los trabajos de Deleuze sobre Proust (1989) y de Deleuze y Guattari sobre Kafka (1978) son bastante ilustrativos

3 Uso el término “viajero forzado” para desnaturalizar la noción de “refugiado” que constituye una identidad impuesta, principalmente por el “gobierno de lo humanitario” (Agier, 2003, 2006, 2008).

al respecto. ¿Cómo se producen subjetividades asociadas a un evento de larga duración, como es el caso de los “estados de guerra prolongados” en Colombia? Y, específicamente, ¿cuál es la cartografía existencial de los “viajeros forzados” colombianos que han sobrepasado las fronteras nacionales? En suma, ¿cuáles son las implicaciones micropolíticas?

Hermanas Londoño: Cali, 1950, São Paulo 2007

Para devenir viajero forzado es necesario que la guerra nos alcance. El encuentro con la guerra suele ocurrir de las más variadas formas. El vector por antonomasia es la amenaza verbal o escrita, directa o indirecta. Sin embargo, existen otras maneras; el señalamiento, por ejemplo, marcar tu casa. La amenaza se acompaña de persecuciones protagonizadas por los múltiples dispositivos de poder: partidos políticos, iglesia católica, paramilitares, narcotraficantes, enclaves económicos, grupos guerrilleros, milicias urbanas, bandas criminales, o sus macabras alianzas.

Azucena y Margarita Londoño, tuvieron que huir de Cali en 1950, en compañía de su madre y hermano. Margarita, 61 años, secretaria ejecutiva. Azucena 62 años, abogada. Lugar de residencia y de entrevista São Paulo, 2007.

- ¿Cuáles fueron los motivos de su salida de Colombia?
- Mi papa no volvió para la casa. Y después de unos 10 días, eso cuenta mi mamá, lo dieron por muerto. Hubo una emboscada. No me recuerdo la ciudad. Como de aquí a Campinas. No me recuerdo la ciudad. Pasan unos días y marcaron la casa.
- ¿Cómo así?
- Le colocaron una equis, una cruz con pintura a la casa. Entonces, se sabía que esa familia estaba marcada por cuestiones políticas, mas mi papá no era político, la familia de él sí, pero él no estaba involucrado en política. Él era liberal. Los contrarios eran los conservadores. Entonces no se supo el motivo.

Salir, eufemismo de huir. ¿Cuál es el contexto de este relato? Cali, Valle del Cauca: 1950. Una época pesada, el asesinato del padre, las dificultades de la madre por ser funcionaria pública: enfermera sanitaria, teatro de

violencia bipartidista: liberales y conservadores, toque de queda. El contexto del viaje forzado de las hermanas Restrepo, corresponde al estrato de La Violencia (1946-1964), es decir, un enfrentamiento armado entre liberales y conservadores (correligionarios de los hasta entonces dos únicos partidos) que ocasionará la muerte de más de 200 mil personas (Betancourt, 1990; Uribe Alarcón, 2007, p. 63), la mayoría analfabetos y campesinos que seguían las orientaciones de sus jefes locales. En este periodo la guerra se catalizará a través del asesinato del líder popular liberal Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril 1948. Se iniciará con el ascenso al gobierno de Mariano Ospina Pérez (1946-1949). La necesidad de seguir en el gobierno frente a la candidatura de Laureano Gómez, otro de los emblemáticos líderes del partido conservador precipitaría una fase más claramente sanguinaria. Posteriormente (finales de 1949-1955) se recurriría a la policía política y a los grupos civiles armados. En este momento se configurará visiblemente el “pájaro” como sicario partidario (afiliado al partido conservador). Asimismo, se tomarán poblados enteros, se cambiarán las afiliaciones partidistas de ciudades y aldeas por medio de los celebres “arrepentimientos”. Finalmente, entre 1955-1957 y 1965 se conformará la resistencia liberal y otros grupos que se manifestarán en la constitución de las llamadas cuadrillas liberales (Betancourt, 1990).

– ¿Cuál era la situación sociopolítica en Colombia?

– Lo que uno recuerda es que fue una época muy pesada en Colombia. Hubo la muerte de mi papa. Inclusive mi mamá pasó por momentos difíciles por ella trabajar con el gobierno, como había aquellos problemas de los partidos políticos. Una cosa que me quedó muy grabada, pasados más de cincuenta años. Yo me acuerdo en una noche que estábamos en toque de recoger [toque de queda] y un muchacho no llegó a la casa, y yo me acuerdo que lo llevaban por la calle 12, y él gritaba que no había llegado a tiempo, pero que él no era ningún revolucionario, era una persona normal. Entonces hasta hoy me quedó muy grabada esa cosa. Y yo me acuerdo que, por una reja de la ventana del balcón, lo vi, que lo llevaban. Entonces, eso me quedó gravado vivamente hasta el día de hoy, debían ser como las 9 de la noche. Eso se me quedó gravado. Yo me acuerdo que abrí la puerta del balcón y lo vi cuando pasaba, y él gritando: déjenme, déjenme, no soy ningún revolucionario, no me dio tiempo de llegar a mi casa. Eso sí me acuerdo de él.

El Estado de Sitio y su entrañable compañero el Toque de Queda, ha sido habitual en Colombia. Sus propósitos han sido variables, desde superar obstáculos administrativos, adoptar decretos ley, hasta suspender las garantías normales (derecho de huelga, de protesta) y establecer dispositivos judiciales de excepción (Pécaut, 2003, p. 72).

Las adhesiones colectivas girarán alrededor del bipartidismo, la iglesia y, en las zonas rurales, las nacientes guerrillas. Actualmente las cosas son distintas, las devociones no son las mismas. Los actores del conflicto armado han cambiado, la población civil no parece identificarse con ninguno de ellos. Además, la sociedad, el cuerpo social, está en medio del fuego cruzado, parece haber devenido el blanco de la guerra. Hay una delincuencia de los partidos políticos. La iglesia católica en Colombia es muy fuerte, pero a partir de la década de 1970 dará muestras de agotamiento.

Salir, reiterado eufemismo para referirse a la huída. ¿Cómo se concreta el viaje forzado y cuáles son los diferentes pasos? Finca, acogida. Salir legalmente, entrar legalmente. Se hace énfasis en la diferencia de su salida y la salida de los colombianos recientes. No son desterrados, a pesar que de hecho perdieron su tierra, su patrimonio, como Azucena menciona. Hecho que la hizo volverse abogada, recuperar el patrimonio, investigar la muerte del padre. Salida temporal que se tornará definitiva, una visa de turista por 90 días. Mamá joven con cuatro hijos, con una hermana que la acompañaba. Colombia, problemas políticos. Temor de la madre que ante la posibilidad de que sus hijos asuman la figura del rebelde, devengan guerrilleros. Aflora el estigma negativo del que huye, del que no tiene tierra, del desterrado.

– ¿Ustedes recuerdan cómo fue el itinerario?

– En avión, en Braniff, vinimos. Y salimos. Yo me acuerdo de una familia que estimaba mucho a mi mamá, nos acogió en una finca que tenían cerca de Cali. Yo me acuerdo, ahí embarcamos por Braniff para Brasil. Legalmente, no salimos como desterrados, salimos legalmente y entramos al Brasil como turistas porque mi mamá pensaba venirse. Tenía noventa días para quedarse. Entonces nosotros salimos legalmente de Colombia y entramos en Brasil legalmente. No salimos ni escondidos, ni nada, sólo esa familia hizo eso porque conocía a mi mamá. Mi mamá era muy joven, tenía 29 años, con cuatro hijos. Mi mamá pensó bien, ¿qué voy hacer?, primero, crecen aquí, se meten a la guerrilla, se meten en problemas políticos, entonces, mejor que vivan en otro país, así pensaba.

Hay que señalar que en la época que esta familia llegó a Brasil (1950) apenas se estaban asentando las bases para la protección internacional, en los moldes que hoy la conocemos. El Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) se creará tan sólo el 14 de diciembre de 1950. Ya en términos de legislación, hay que agregar que la Convención sobre el Estatuto de los Refugiados surgirá tan sólo un año después, es decir, en 1951. Así que el sujeto jurídico del refugiado como tal se constituye a partir de la segunda mitad del siglo XX.

Pero, ¿cómo se va configurando el mundo laboral de las hermanas Londoño? Hay que mencionar que en general hasta la década de 1970 en Colombia, el territorio femenino por excelencia será el espacio doméstico, mientras que el universo masculino tendrá como paisaje privilegiado la calle. Recordemos que su padre era un empleado de alto rango en una empresa telefónica y que su madre, atípicamente, trabajaba como enferma sanitarista en un hospital público. Hecho que eventualmente garantizaría una infancia y juventud fuera del mundo del trabajo. Sin embargo, para ellas las cosas cambiaran, pues experimentarán una desterritorialización, tendrán que abandonar el espacio doméstico para vender su fuerza de trabajo.

– Háblenme un poco sobre su situación económica aquí en Brasil desde su llegada, ¿de qué manera ustedes solventaban sus necesidades?

– Mira, los doce primeros años mi mamá trabajó como loca, doce, trece años, hasta que un día ella se enfermó. Entonces Margarita fue la primera que dijo: yo voy a trabajar y empezó con doce, trece años a trabajar [...] nosotras empezamos a trabajar muy jóvenes, cuando la ley permitía, no había límites de edad. Entonces yo empecé con trece años, ella con trece también y claro, éramos pequeñas, no teníamos cualificación, fuimos aprendiendo, consiguiendo las cosas. Entonces, ella cuando tenía sus 40 años, menos de 20 años de estar aquí, ella se enfermó mucho, [...] era un trabajo muy exhaustivo, trasnochar y todo. Entonces, nosotras asumimos la dirección de la casa, con pequeños sueldos [...] y claro pasamos las dificultades, conseguimos con 18, 19 años tener una casa, en 20 años de Brasil ya teníamos un inmueble nuestro, y lo pagamos [risas]. Fue muy sacrificado, nosotros no tuvimos tiempo de hacer nada más; vida social y todo, era trabajar, trabajar, trabajar, trabajar. Entonces, fue muy difícil para ella como mamá verse enferma.

Por otro lado, en la trayectoria de vida de Azucena se puede observar la importancia de devenir abogada para resolver asuntos familiares inconclusos, enigmáticos o mal resueltos en Colombia. Ella expresa un constante lamento (pliegue de la fuerza) de no haber hecho eso antes. Este reproche hace que su territorio existencial se esté reconfigurando constantemente, hace que su relación con Colombia se esté replanteando. El desconocimiento de los móviles que causaron el asesinato de su padre, su participación o no en asuntos políticos, así como la pérdida del patrimonio familiar y su eventual recuperación, habrían sido un incentivo en la formación de Azucena como abogada.

– Hablando del plano profesional y laboral...

– Bueno, yo quise aprovechar bien mi juventud, viajé mucho, conocí, me formé ya mayor, ya con cuarenta años, en aquello que quería ser, yo decía que quería ser abogada y que iría a Colombia a rescatar lo que le robaron a mi mamá, y por el problema de mi papá que es un lío porque no hay una concretización. Se murió en una emboscada, cayó en una emboscada, ¿por qué? Más vale que acompañando una comitiva, ¿por qué? Entonces, yo siempre desde pequeña quise hacer eso [...]. Pero la vida me llevó a hacer otras cosas, y después vi que la prescripción del derecho ya estaba allí. Entonces, no me interesó más. Mas era lo que quería hacer. Y terminé haciendo mi facultad y ejercer la profesión. Sólo que yo empecé mal, empecé a atender gente muy pobre, ayudar a los pobres brasileiros, entonces voy a terminar pobre y sin plata, mas hice lo que quise, mas también gané plata, no digo que no, pero yo no puedo hacer nada a largo plazo, ya atendí mucha gente pobre, y soy feliz. Ya la subsistencia de la casa hasta mis cosas personales, como ella [mi hermana] tiene su sueldo fijo, ella es la que me mantiene prácticamente. Mas como profesional quería haber hecho más, fue una lástima no haberme formado joven como quería, mas son los errores de la vida, mas conseguí hacer lo que quería. Mas hice otras cosas que me dejaron bien, que pude ayudar a mi hermana a conseguir la casa.

Las hermanas Londoño vivirán en São Paulo con el estatus jurídico de extranjeras residentes. Claro, sintiéndose en casa, sintiéndose brasileñas, aunque jurídicamente no lo sea. La lengua portuguesa fluía como si fueran hablantes nativas, así como el español colombiano, aunque ya contaminado

por la cadencia del portugués brasileño. Una situación prácticamente normal, pues toda su vida había transcurrido allí, habían sido alfabetizadas allí. Pero, ¿por qué nunca se naturalizaron brasileñas? Teóricamente, lo habrían podido hacer, después de 30 años de permanencia, de acuerdo con las exigencias constitucionales. Sin embargo, no lo hicieron. Esta resistencia de alguna manera, me parece que mantenía muy viva, muy actual su relación con Colombia. Pero, en 1998 emprenden un viaje a su país natal. Un viaje que estará lleno de sorpresas. Un encuentro que afectará sus territorios existenciales. Las hermanas Londoño habían vivido durante casi medio siglo con la idea de pertenecer a una comunidad imaginada llamada Colombia, que para muchos aún es un proyecto incompleto, es más, el conflicto armado haría parte de las luchas para la construcción de esa nación. Para su sorpresa deventrán extranjeras, serán tratadas nuevamente como extranjeras, ahora en su propio país, en su propia lengua materna.

– ¿Ustedes se sienten hoy brasileñas?

– Me siento colombo-brasileña. Yo soy colombiana, en primer lugar, pero amo mucho este país. Yo me siento brasileña. No me siento extranjera aquí. Me sentí extranjera en Colombia. Las personas me decían que tenía acento extranjero, eso es verdad. A pesar de decir que habíamos nacido en Cali y en Arcabuco, Boyacá.

Después de una vida en Brasil y la experiencia de sentirse extranjeras, es inimaginable establecerse de forma definitiva en Colombia, su cartografía existencial ya está consolidada en otra parte, y a esas alturas ¿por qué abandonar lo familiar?

Volver a Colombia a vivir es muy difícil, principalmente nosotras que ya estamos hace casi 57 años fuera de Colombia. Hacer una vida en Colombia, vivir allí [...]. No vamos a llegar sin conocer a nadie, como mi mamá llegó aquí, mas yo sé que en Colombia sería una extranjera, bien o mal seguimos nuestro idioma; lógico, que el acento es diferente al de quien fue criado allí [...], las personas de cualquier forma nos tratarían como si fuéramos extranjeras.

Viajeros forzados, años 2000

La mayoría de viajeros forzados que entrevisté huyeron de Colombia en el estrato más reciente del conflicto colombiano. En líneas generales, esta fase está ligada al final de la Guerra Fría y el colapso de las ideologías extranjeras. El M-19 y el EPL se desmovilizarían, pero esto no impedirá que el conflicto se dilate constantemente. Tanto el ELN como las FARC se verían obligadas a disponer de recursos económicos (el primero en menor escala), al igual que ejercer presión sobre los dispositivos de poder territorial y local, con el fin de respaldar sus procedimientos militares. Los grupos paramilitares alcanzarían un protagonismo cada vez mayor y una escala de acción que excedería el plano local. A través de acciones coordinadas se propondrían conquistar amplias dominios regionales. En esta fase los estados de guerra prolongados en Colombia se encajarían en la noción de “nuevas guerras” (asociada a la llamada “globalización”) debido a la intervención de los tráficos ilegales, la corrupción y las acciones terroristas recurrentes (Pécaut, 2006, p. 531-532).

Por otro lado, hay que señalar que desde 1995 las medidas neoliberales (“apertura económica”) estarían acompañadas de la desarticulación de los sectores urbanos y rurales, dando lugar así a una expansión de las actividades informales, una intensificación de las desigualdades, un proceso de diferenciación e individualización de la clase media. En este momento se ampliarían las acciones paramilitares, las cuales afectarían vastas regiones. Los paramilitares y los grupos guerrilleros constituirían prácticamente las únicas redes asociativas en el mundo rural (Pécaut, 2006, p. 533).

Es de señalar además que la mayoría de los viajeros forzados colombianos que entrevisté en São Paulo (2007) y Barcelona (2008), huyeron justamente durante el gobierno de Álvaro Uribe Vélez (2002-2010). La lucha armada, la violencia molecular, los efectos de la economía de la droga, la parapolítica colombiana, los denominados megaproyectos, la Política de Seguridad Democrática del Presidente Álvaro Uribe y los Planes Colombia y Patriota, derivados de ésta política, han contribuido no solamente con el desarrollo de una atmosfera de incertidumbre y terror, sino que también han contribuido con el desplazamiento forzado de la millones de colombianos. Los estados de guerra prolongados han ocasionado el desplazamiento forzado de cerca de 8 millones de colombianos; de los cuales la mitad se encuentra dentro del país, la otra, fuera de él. Conflicto que se prolonga hasta nuestros días y del cual no se vislumbra un final (feliz) cercano, mucho menos una salida negociada.

Hasta 1995 se calculaba que había entre 500 y 600 mil desplazados. En 1999 se afirmaba que eran cerca de 1.500.000 (Pécaut, 1999), es decir, en menos de cinco años se habrían triplicado. Lo peor es que entre 2000 y 2011 está cifra asciende a casi 4 millones, es decir, el crecimiento de este fenómeno ha sido prácticamente geométrico.

Bruno y Alicia: Barcelona y São Paulo

El corazón de la micropolítica es el cuerpo como relación de fuerzas, ¡la metáfora no vale nada! El cuerpo siempre es el blanco de la guerra. El mundo es un campo de batalla entre fuerzas activas y reactivas, como dice Nietzsche. La guerra en Colombia se desplaza hacia la cotidianidad. El éxodo, en últimas, constituye una forma de resistencia, pues, al fin y al cabo, hay que salvar la vida. Por doquier pululan los enclaves despóticos. El tejido social se destruye. La población civil deviene el objetivo, el rehén, los actores armados parecen no enfrentarse entre sí, más que a través del ciudadano de a pié, ¿una guerra contra la sociedad? Es probable, mientras tanto, ser reclutado, no importa si se es una chica o un chico, ser “sometido” (aunque nunca sea cien por ciento), callar, olvidar, devenir amnésico, resistir, morir, huir, etc., he ahí lo que resta.

Alicia: Trujillo 2003, Ecuador 2004, São Paulo 2006

Alicia, 45 años, refugiada colombiana, separada, divorciada, casada nuevamente, teóloga, telefonista en un call center de São Paulo, residente en el barrio Liberdade y entrevistada en septiembre/octubre de 2007.

En 2006 Alicia residía en São Paulo, había huido primero hacia a Ecuador, al igual que muchos de sus coterráneos que llegaron Brasil en la última década. Ciudadana común, no hacía parte de ninguno de los operadores de violencia involucrados en el conflicto. Antes de devenir refugiada, sería perseguida, inmigrante y solicitante de asilo en Ecuador. Las razones, amenazas hechas por los distintos poderes armados asentados en Trujillo, Valle del Cauca. Este municipio continúa siendo hoy en día blanco de disputa, antes (a mediados del siglo XX) por parte de liberales y conservadores, en tiempos recientes entre grupos paramilitares y guerrilleros.

Trujillo ya estuvo en medio del fuego cruzado. Municipio productor de café en abundancia, localizado en una de las regiones más prósperas del Valle del Cauca, constituye un ejemplo paradigmático de los límites de la ciudadanía (Pécaut, 1999, p. 98), ya que durante más de 30 años su población sería sometida a la dominación de un gamonal. Ésta sería obligada, mediante el terror, bajo amenaza de asesinato o coacción a abandonar el municipio, a seguirlo en sus cambiantes preferencias políticas. Allí no existirían las libertades esenciales del ciudadano, de la protección a la vida, la propiedad, opinión y libertad de opción política. Curiosamente, este personaje no presentaba las características de un político marginal, pues era reconocido por líderes departamentales e inclusive nacionales.

El eufemismo salida aparece repetidamente sea por parte del etnógrafo o del entrevistado, es posible que el primero lo haya inducido o que su uso se haya naturalizado en Colombia.

- ¿Cuáles fueron las circunstancias de tu salida, en términos generales?
- Empieza una persecución contra mí, o sea, yo ya estaba sola en la casa, mi hijo permanecía un poco más en Cali, donde el papá por lo que estaba en vacaciones. Entonces empieza una persecución contra mí, ya sola, yo estaba sola, ya empiezo con mucho temor porque ya ni podía dormir. En el pueblo, el almacén todo el día me lo vigilaba una persona, estaba enfrente, siempre vigilándome [...]. Entonces empieza esa persecución por la noche, todo, la casa me la tenían rodeada, toda la noche sentía pasos afuera, todo. Entonces, en base a eso decidí que tenía que salir de allá, no podía continuar allá, yo ya estaba arriesgándome. [...] el primero de enero salimos, salí de allí, recogí lo que pude y el carro lo dejé para que me lo vendieran y dejé la casa desocupada. Ya mi mamá no estaba, dejé todo totalmente abandonado, desocupado totalmente y ahí fue cuando decidimos, salir con mi mamá y todos para el Ecuador.

Desafortunadamente, Ecuador recibiría a Alicia con los brazos cerrados, pues a los 6 meses de haber llegado y solicitado asilo, le es negada su petición. A partir de ese momento, ella entrará en esa terrible zona gris que obliga a muchos de sus coterráneos a vivir en la discriminada miseria. Adicionalmente su vida se complicará más, cuando se siente amenazada por la presencia de paramilitares de Trujillo. Entonces, en 2006 tendrá que desplazarse a Quito.

En Quito se involucrará en una serie de reivindicaciones tendientes a la conformación de una asociación de refugiados en Ecuador. La reflexión sobre su propia situación en Ecuador, así como la sensibilización antes las dificultades enfrentadas por sus coterráneos, harán con que ella se dedique a dicha empresa. El desplazamiento forzado, la incapacidad institucional y económica y la supuesta corrupción del Estado ecuatoriano, la incentivarían a emprender acciones colectivas, en vez de tomar las vías de hecho. Sin embargo, su lucha se ampliará a otros espacios. Alicia se involucrará en una marcha internacional que recorrerá varios países suramericanos (Perú, Bolivia y Brasil). La finalidad concreta sería visibilizar la problemática de los refugiados colombianos en el Ecuador, mostrar que Ecuador era un país que no tenía infraestructura para enfrentar las demandas de un flujo de estos cada vez mayor.

Sin embargo, estando en Brasil se sentiría nuevamente amenazada, experimentaría una especie de complot.

– Bueno, eso fue para mí una cosa traumatizante porque llega uno perseguido, huyendo y los que tienen que defender son exactamente lo que lo están tratando de hundir a uno, entonces, llega un momento en que uno dice: bueno, y, ¿ahora qué?, ¿qué hago? A Colombia no puedo volver, a Ecuador menos. Entonces, no puedo ni pedir refugio porque estoy totalmente vetada para un refugio. Entonces, qué es lo que puedo hacer allí. Fue bastante duro. Pensé más de una vez irme, no sé para otro país, calladita, no pedir refugio, porque yo sabía que el problema venía, o sea, ya tenía una amenaza, luego de eso me llega la amenaza por el correo, donde me dicen que tengo que volver al Ecuador y que me van hacer volver al Ecuador, a como dé lugar, y que cuando llegue allá van a rodar cabezas. Entonces, hay una amenaza clara de muerte allí. Entonces, ya yo no sabía de quién era si era del mismo ACNUR, de la misma guerrilla colombiana, del mismo gobierno, del mismo gobierno ecuatoriano, del mismo gobierno colombiano.

Separaciones y pérdidas

La desterritorialización existencial se expresa concretamente en la desintegración de ciertos mundos que configuran los paisajes psicosociales que habitamos (y nos habitan también) y que devienen familiares, habituales,

“puertos seguros”.⁴ Y se transforman continuamente, pues siempre estamos a merced del azar de los encuentros con otros cuerpos que nos afectan y que afectamos (y no se trata sólo de choques con cuerpos biológicos). Pero nuestros territorios también se descomponen en virtud, por ejemplo, de eventos terroríficos que nos afectan, como la guerra. Territorios, no los de los geógrafos, sino aquellos que constituyen los universos domésticos, sentimentales (amorosos), familiares, de los amigos, etc. Así al ser afectados por la guerra experimentamos pérdidas, por ejemplo, de seres queridos, pero también separaciones no sólo de nuestros familiares, amigos, etc., sino de aquello que hasta entonces nos era familiar: nuestra familia, pareja, hijos, país, casa, pueblito o ciudad, la tierra caliente o la tierra fría, que tanto extrañamos los colombianos, sus olores, colores, sonidos, sabores, una posición de clase, una raza o un grupo étnico, etc.

- Consecuencias de la separación con la familia, los seres queridos...
- No, pues, eso sí bastantitas [...]. Nosotros éramos una familia muy unida, y nosotros nos veíamos, toda la familia, todos vivíamos en Cali, bueno, mi hermano en el Chocó, porque hay un hermano en el Chocó, él era el que más veíamos de pronto cada año, pero él siempre iba cada año, una vez también fuimos allá a visitarlo [...]. Y ya ahora aquí [...] ya la familia está totalmente dispersada, me toca dispersarme con mi mamá, me llevo a mi hijo, pero igualmente me toca que separarme de él [...]. Esa separación para mí fue muy dura y yo pienso que fue muy traumática, y yo pienso que no, superaré nunca eso porque fue algo para mí muy duro [...] cuando yo pienso en lo qué es la guerra, la guerrilla, lo que es el paramilitar en Colombia, y el mismo gobierno, porque el gobierno también contribuye al desplazamiento en Colombia, entonces una de las cosas que yo nunca le perdonaré y bueno, no guardo rencor porque, trataré de no hacerlo nunca, pero yo si eso creo que me marcó definitivamente el hecho de que ese rol de madre que uno tiene, como toda mujer que quiere estar con sus hijos, criar sus hijos, orientar a sus hijos, ese rol de madre a mí me lo quitaron, definitivamente me quitaron ese derecho que yo tenía, el derecho que yo tenía a ser madre [...] fue lo que hasta hoy más marcada me ha dejado, esa posibilidad de ser madre y ese papel de madre,

4 Cuando aludo al término desterritorialización me refiero al neologismo inventado por Gilles Deleuze y Félix Guattari, conocido y difundido a través de la publicación de *El anti-Edipo: capitalismo y esquizofrenia* (1985).

me robaron esa posibilidad, ya no tengo esa oportunidad, creo que no voy a tener más hijos, es mi único hijo y creo que esa parte me la mutilaron [...]. Entonces, son secuelas muy profundas que a uno le deja la guerra, una guerra que no es de uno, pero igual uno es el que lleva las consecuencias, la misma destrucción de mi familia porque mi familia en este momento está totalmente separada, tengo mi mamá en el Ecuador, con mi hermana, le tocó irse a mi hermana para estar con mi mamá, con nosotros en un momento difícil, la otra familia en Colombia, mi hijo en Colombia debido a todos estos problemas, mi esposo en Estados Unidos, o sea, estamos totalmente desmembrados como familia, estoy sola aquí, estoy con mis dos hermanos por los problemas, sino yo estaría sola completamente sola aquí. (Alicia Carroll, 2007).

Bruno: Bogotá 2002, Bilbao 2002, Barcelona 2008

Bruno, 35 años, estudiante de ciencias políticas, miembro de la Juventud Comunista de Colombia, líder estudiantil, empleado de ONG de ayuda al refugiado. Viajero forzado proveniente de Bogotá. Lugar de residencia y entrevista, Barcelona, 2008.

- Y algunos eventos durante estos años de vida en Bogotá que te hayan marcado, que puedas destacar...
- Pero dependiendo para qué...
- De tu vida profesional, política. Que hayan acontecido en relación con la ciudad, el país, la historia del país.
- Bueno, hay un evento que ha marcado mi vida y es general, y es el conflicto interno, no puedo decir que haya marcado un episodio, porque no he vivido un escenario de paz que haya cambiado un escenario de guerra en el que yo diga: claro, en tal fecha ocurrió tal cosa que desencadenó tal conflicto, no, yo nací en medio del conflicto, me criaron en medio del conflicto y me han expulsado en medio del conflicto. Con lo cual la respuesta más correcta a tu pregunta es que el conflicto en Colombia ha marcado toda mi vida, de entrada a salida.

La abrupta separación de su familia por el estado de guerra prolongado que Colombia experimenta, le producirá mucha tristeza, disminuyendo, en consecuencia, su potencia de actuar.

- ¿Cómo reaccionaron tus familiares ante tu salida?
- Con tristeza. Como una familia a la que... No, es como un cuerpo al que le desmiembran una parte. Eso fue lo que ocurrió y sabiendo que nunca más se iba a vivir en ese mismo núcleo familiar.

Ante el fracaso de los diálogos del Caguán (1998-2002), Bruno se verá forzado a huir de Colombia, tendrá que exiliarse en España. El encuentro con este país le producirá un choque violento que disminuirá su potencia de obrar. Bruno llegará en febrero de 2002 a Bilbao, se encontrará ante un paisaje desolador, que estremecerá todo su territorio existencial.

- La llegada a España...
- En febrero del 2002. La primera impresión de España, Bilbao. Desconocido, muy gris, frío, lluvioso, desolador. Lo primero que yo me encuentro es una ciudad de acero, esa parte industrial de Bilbao. Claro, Bilbao ahí estaba en plena remodelación, no es la Bilbao de hoy. Una Bilbao más industrial. Como un ambiente pesado de colores oscuros, yo me acuerdo muy bien de eso. Esos primeros días, las primeras lluvias, los primeros días cortos, muy cortos, claro, eso es muy complicado.

Desconfianza hacia el Estado, los otros, inclusive los coterráneos

¿Es la desconfianza una consecuencia del conflicto armado y de las tragedias individuales, o de una forma que nos inscribe en un mundo que se globaliza sin detenerse, que se horroriza con las diferencias y las niega en medio de un silencio que oculta el miedo vestido de desconfianza?, como lo plantea Barreneche Corrales (2007, p. 175).

Desconfianza, solidaridad fragmentada, estigmatización del colombiano como narcotraficante, cultura política no intervencionista, filiaciones políticas pluralistas, son los obstáculos que señalan diversos estudios sobre inmigrantes colombianos que impiden la conformación de comunidades,

por ejemplo, transnacionales (Guarnizo; Sánchez; Roach, 1999). Se afirma que la desconfianza, ya presente en el país de origen, se mantiene. Ello radicaría en la existencia de la estigmatización del colombiano en virtud del narcotráfico, la violencia y la condición de permanencia “ilegal”. Así, la desconfianza ocasionaría, entonces, la constitución de redes restringidas a contactos personales (Magnan Peñuela, 2008).

En el caso de refugiados colombianos, se ha encontrado que las relaciones entre colombianos son bastante selectivas, restringidas y orientadas a la convivencia amigable, sin la finalidad de desarrollar concretamente actividades vinculadas con Colombia. Al mismo tiempo que se crea un grupo restringido de amigos de confianza, se opta por aislarse de los coterráneos. Otros que se agrupan en torno a algún proyecto o acción relacionada con Colombia, no logran constituir “comunidades”, sino “subcomunidades”, bastante disimiles e incompatibles entre sí tanto en sus acciones como en sus perspectivas. Adicionalmente, las características del conflicto armado interno frenan la posibilidad de establecer contactos de confianza entre la población de origen colombiano, especialmente cuando se piensa en las amenazas y/o represarías que afectan y acechan constantemente a los parientes de las víctimas iniciales de la persecución y que permanecen en medio del conflicto. Se menciona por parte de muchos refugiados la presencia (en el extranjero) de informantes (“antenas”) de los diferentes grupos en conflicto, los cuales se encargarían de vigilar de cerca sus actividades con miras a eventuales amenazas, persecuciones, etc., a sus seres queridos que se quedaron en Colombia (Arsenault, 2006, p. 359-360).

Tras los rastros genealógicos de la desconfianza de y entre los colombianos, me planteo las siguientes cuestiones. ¿Es la desconfianza la forma de la adaptación racional a condiciones, en las cuales no cabe la solidaridad ni hay certeza sobre la estabilidad de los pactos? ¿Es la desconfianza el efecto de una crisis institucional, la ausencia de derechos y una fragilidad simbólica nacional? La idea de que el amoralismo y la desconfianza no son datos culturales ni mucho menos naturales (Pécaut, 2003, p. 152), bien como la de que los estados de guerra prolongados los incrementarían, en función de que los agentes de violencia confiscarían todos los poderes, nos aportan, en efecto, elementos importantes para su comprensión a nivel macropolítico.

- ¿Frecuentas colombianos en Cataluña?
- Tengo amigos colombianos. Sí, los colombianos y colombianas que conozco es porque tengo una relación con ellos de amistad, claro. No es

fácil armarlo. Normalmente nosotros los colombianos, por toda la situación que nos envuelve, buscamos gente que tenga referencias, que ya la conozca otra gente, que sepa quién es, de dónde viene, para que la puedas catalogar como amigo, y son pocos. Después viene otra esfera que son los conocidos. Nosotros los colombianos tenemos la particularidad de que al encontrarnos evitamos en lo posible tener contacto, tu vas en un metro y escuchas que al lado hay un colombiano y tú no dices nada, te callas la boca. No sé porque somos así [...], he visto que eso es como un patrón de comportamiento.

– ¿Cuál es tu hipótesis sobre esto?

– La desconfianza. Porque a veces también nos creemos el cuento que nos venden los medios de comunicación, yo creo que muchos de nosotros todavía pensamos que por la pinta: este debe ser narcotraficante, ah, este debe ser paramilitar [...]. Entre nosotros somos muy prejuiciosos [...], no se forman relaciones masivas entre la gente, entre los colombianos. (Bruno Díaz, 2008).

¿Está relacionada la desconfianza con una cartografía consolidada de clase social y de raza? ¿No hacemos otra cosa que reproducir clichés y relaciones estereotipadas?

La desconfianza de y entre los colombianos es un tema polifacético y que data de muchos años. Sin embargo, ella está presente en casi toda América Latina durante el siglo XX, debido a que la existencia del Estado parece meramente abstracta en lo que atañe a los pueblos y provincias y porque las bases de su legitimidad son inciertas. Muchos colombianos expresarían su mayor desconfianza ante el Estado en función de la ausencia de derechos y una fragilidad simbólica nacional. En el caso colombiano esta desconfianza se habría prolongado a causa del fraccionamiento del régimen político, que llevaría aún la marca del siglo XIX, por la permanencia de los partidos tradicionales, así como por el encuadramiento de la población en diversas redes de poder, el peso preponderante de las zonas rurales en la vida política, la precariedad de todas las formas de ciudadanía, la recurrencia a los pactos circunstanciales para asegurar el funcionamiento institucional, sin contar la complejidad del territorio y la diversidad de la red urbana. Pero no serían apenas las clases populares las portadoras de este sentimiento, sino también una buena parte de las élites (Pécaut, 2003, p. 100).

No obstante, las distintas redes de poder (fuerzas militares, paramilitares, guerrillas, etc.) habrían catalizado esta desconfianza que se extiende más

allá de las fronteras nacionales, que abarca círculos íntimos, niveles moleculares. Así que será difícil catalogar el conflicto como una de guerra civil, pues la mayoría de la población no se identifica con uno u otro protagonista. Más bien la sociedad habría sido tomada por rehén. Los actores armados tendrán como objetivo la territorialización. Mientras que la suerte de la casi totalidad de la población será la desterritorialización, como ya mencione antes. La materialidad del espacio local se evapora, dando lugar a disposición de múltiples e invisibles líneas que señalan la influencia de los poderes armados. La desconfianza prima por doquier incluso entre los más cercanos, ya que hasta un pariente puede hacer parte de cualquiera de las organizaciones en conflicto. Nadie se atreve a hablar. El campo de guerra deviene un “no lugar”. Las relaciones sociales se disipan. El desplazamiento forzado se convertirá en una expresión sintomática. La guerra se perpetua, en absoluto como guerra civil, más bien consistirá en una guerra contra la sociedad (Pécaut, 2003, p. 443-444).

Es posible que a nivel macropolítico la desconfianza consista en la forma de la adaptación racional a circunstancias en las que ni cabe la solidaridad ni hay certeza sobre la estabilidad de los acuerdos, que, además, obedezca a una ausencia de lo público y a una frágil simbólica nacional. No obstante, a nivel micropolítico me parece que una clave para su comprensión es la de abordarla como una táctica de resistencia, de supervivencia. Es decir, podría entenderse como una práctica saludable que nos alertaría para no caer en “la celada de las simulaciones” de cualquier “desconocido”, (o “conocido”) pues “cuando menos esperamos, ese alguien en el cual podríamos depositar la confianza podría dar el salto y dominarnos. Ejercitar la desconfianza, la sospecha, por tanto, podría garantizarnos nuestra seguridad ontológica, existencial y psicológica (Rolnik, 2011, p. 98-99), tal vez ésta sea la razón micropolítica (sin olvidar, claro la dimensión macropolítica) para que ella esté tan diseminada entre los colombianos.

Epílogo

La guerra en Colombia ha producido en los colombianos una desterritorialización existencial y geográfica (Uribe de Hincapié, 1999, p. 35; Estrada Mejía, 2010). La toma de tierras, su apoderamiento, en una palabra, la territorialización, es el objetivo de los protagonistas armados. En cambio, la pérdida de tierras, la expulsión, la fuga, la resistencia, en breve, la desterritorialización,

es la suerte de la sociedad civil (Pécaut, 2003, p. 443-444). La guerra, evento terrorífico, pero en absoluto pacífico, pasivo, como lo atestiguan los múltiples movimientos de resistencia a los que ha dado lugar y que se expresan de forma impetuosa, sutil, visible u oculta (Uribe de Hincapié, 2006, Estrada Mejía, 2010). La manifestación más dramática de este proceso son los viajeros forzados, quienes pierden toda referencia espacial y temporal haciéndose en las grandes ciudades (Chaparro Amaya, 2005, p. 432). Pérdida que generaría, paralelamente, una ilusión de futuro que nadie parecería dispuesto a posibilitar. En suma, podríamos decir que los procesos de subjetivación en Colombia estarían ligados a una suerte de vacío moral y fragilidad de lo público que combina una antiquísima experiencia de exclusión y refugio, lejos de cualquier referente identitario que impide encasillarlos en los clásicos personajes políticos del ciudadano y el rebelde (Uribe de Hincapié, 1999, p. 37).

Paralelamente se experimenta una mutación por todas partes: inteligencia, sensibilidad, percepción, sueños, costumbres, sociabilidad (Rolnik, 2011, p. 87ss.) que es potenciada por la guerra. Un proceso galopante de desterritorialización parece haberse instalado en todo el campo social. Se desintegran nuestros territorios, no sólo los geográficos, sino existenciales: domésticos, amorosos, afectivos. Ciertamente, a partir de la década de 1970 se advierten grandes cambios en la política de subjetivación hasta entonces hegemónica. No se trata ya del imperio de una subjetividad rígida apoyada en un régimen fordista, subjetividad disciplinar, cuya lógica de funcionamiento es identitaria, tampoco se trata de una subjetividad asociada a régimen de economía planificada, basado en una lógica dialéctica, como en el caso de la antigua Unión Soviética, sino de una subjetividad flexible,⁵ procesual, característica del régimen postfordista, cuya lógica de funcionamiento es rizomática. Dicha subjetividad estaría acompañada de una experimentación radical de modos de existencia y de creación cultural que causarían una implosión en el corazón del deseo, el modo de vida “burgués”, su política identitaria, su cultura y, por supuesto, su política de relación con la alteridad (Rolnik, 2006a). Una subjetivación flexible que se expresaría masivamente a través de los movimientos de la contracultura, gracias a los cuales se posibilitarían materias de expresión para aquello que indicaría el *cuerpo vibrátil* afectado por la alteridad del mundo, lo que daría cuenta de los problemas de su tiempo (Rolnik, 2006a).

5 El desarrollo de la noción de “subjetividad flexible” puede encontrarse en varios ensayos recientes de Suelly Rolnik, como *Politics of flexible subjectivity: the event-work of Lygia Clark* (2006b).

Sin embargo, las fuerzas subjetivas de creación y conocimiento devendrían el alimento por antonomasia del neoliberalismo, al punto de configurar lo que algunos han llamado de capitalismo cultural y/o cognitivo.⁶

En consonancia con ello, en Colombia, además de la intensificación y constante transformación de la guerra, las políticas neoliberales devendrán políticas de Estado en los años 90, bajo el eufemismo de “apertura económica”, incrementando así la precariedad, la informalidad, es decir, flexibilizando todo, y no apenas el mundo del trabajo. Parece como si de repente todos sin excepción estuvieran convirtiéndose en fuerza de trabajo, “deviniendo libres”. Fuerza de trabajo flexible. Su movilidad casi total. Pareciera que cada vez que se cambia de “empleo” de la fuerza de trabajo, se cambia también de empleo de todas las fuerzas, es el conjunto del territorio existencial que se organiza. En las sociedades de control, que nos son contemporáneas, la cuestión no se plantearía entre normal o anormal, en contraposición a las sociedades disciplinares, pues no existirían referencias a la normalidad. Excepto, si asumiésemos que lo normal fuera cambiar (viajar) incesantemente. En ese caso, he aquí la nueva palabra (frase) de orden del capitalismo actual: ¡sed flexibles!

Espero que la experiencia de la guerra, la desterritorialización geográfica y existencial, narrada por viajeros forzados colombianos, haya activado vuestro cuerpo vibrátil. ¿Lo habéis logrado? Bueno, pues, ahora, ¡ejercitadlo!, ¿cómo?, creando, resistiendo a los poderes organizados o difusos. Pero recordad que uno no crea porque es bello o porque quiere hacerse famoso, sino porque es constreñido, no hay de otra. Hay que crear sentido para lo que ya está en nuestro cuerpo y no coincide con las referencias existentes, debemos recrear nuestras relaciones con el entorno, con nuestro modo de ser, como sugieren Deleuze y Rolnik.

Agradecimientos

El investigador agradece al Consejo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (CNPq) por el apoyo financiero brindado durante la realización de la estancia postdoctoral de la cual este trabajo es fruto.

6 Los conceptos de capitalismo cultural y/o cognitivo surgirían en la década de 1990 en el ámbito de investigación de un grupo de pensadores vinculados a la revista *Multitude*. Consultar en especial Maurizio Lazzarato, *Les revolutions du capitalisme* (2004).

Referencias

AGIER, Michel. *Gérer les indésirables: des camps de réfugiés au gouvernement humanitaire*. Paris: Flammarion, 2008.

_____. La main gauche de l'Empire. *Multitudes*, v. 1, n. 11, p. 67-77, 2003.

_____. Refugiados diante da nova ordem mundial. *Tempo Social*, São Paulo, v. 18, n. 2, p. 197-215, 2006.

ARSENAULT, Stephanie. *Transnacionalismo: el caso de los refugiados colombianos en Quebec*. Granada: Universidad de Granada, 2006.

BARRENECHE CORRALES, Johana. *Refugiados colombianos no Brasil: interpretações das suas travessias internas*. Dissertação (Mestrado em Ciência Política) – Unicamp, Campinas, SP, 2007.

BETANCOURT, Echeverry Darío. Las cuadrillas bandoleras del norte del Valle, en la violencia de los años cincuenta. *Revista Historia Crítica*, Bogotá, n. 4, p. 57-68, jul./dez. 1990.

CHAPARRO AMAYA, Adolfo. Procesos de subjetivación, conflicto armado y construcción del Estado nación en Colombia. *Estudios Socio-Jurídicos*, Bogotá, n. 7 (n. esp.), p. 411-469, ago. 2005.

DAS, Veena. *Sujetos del dolor, agentes de dignidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia; Pontificia Universidad Javeriana; Instituto Pensar, 2008.

DELEUZE, Gilles. *Conversaciones*. Valencia: Pre-Textos, 1995.

_____. *Foucault*. Barcelona: Paidós Iberica, 1987.

_____. *Proust y los signos*. Barcelona: Anagrama, 1989.

DELEUZE, Gilles; GUATTARI, Félix. *El anti-Edipo: capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona: Paidós Iberica, 1985.

_____. *Kafka por una literatura menor*. México: Era, 1978.

_____. *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos, 1994.

ESTRADAMEJÍA, Rafael. *Desterritorialização e resistências: viajantes forçados colombianos em São Paulo e Barcelona*. Tese (Doutorado em Antropologia Social) – Unicamp, Campinas, SP, 2010. Disponible en: <<http://cutter.unicamp.br/document/?code=000778446>>. Acceso en: 04 enero 2012.

GUARNIZO, Luis Eduardo; SÁNCHEZ, Arturo Ignacio; ROACH, Elizabeth M. Mistrust, fragmented solidarity and transnational migration: Colombians in New York City and Los Angeles. *Ethnic and Racial Studies*, v. 22, n. 2, p. 367-396, 1999.

GUATTARI, Félix. *La révolution moléculaire*. Fontenay-sous-Bois: Recherches, 1977.

KOFES, Suely. Experiencias sociales, interpretaciones individuales: posibilidades y límites de las historias de vida en las ciencias sociales. In: ZAMUDIO CÁRDENAS, Lucero; LULLE, Thierry; VARGAS, Pilar (Coord.). *Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales*. Rubí (Barcelona): Anthropos; Santafé de Bogotá: Centro de Investigaciones sobre Dinámica Social de la Universidad Externado de Colombia, 1998. v. 1, p. 82-102.

_____. *Uma trajetória, em narrativas*. Campinas: Mercado de Letras, 2001.

LAZZARATO, Maurizio. *Les révolutions du capitalisme*. Paris: Seuil, 2004.

MAGNAN PEÑUELA, Marion. La migración de la clase media colombiana a New York: redes sociales y desconfianza. 2008. Disponible en: <http://www.flacoandes.edu.ec/sima/index.php?option=com_content&view=article&id=250:refugio-y-desplazamiento-forzado&catid=12&Itemid=252>. Acceso en: 25 feb. 2015.

PÉCAUT, Daniel. *Crónica de cuatro décadas de política colombiana*. Bogotá: Norma, 2006.

_____. La pérdida de los derechos, del significado de la experiencia y de la inserción social: a propósito de los desplazados en Colombia. *Estudios Políticos*, Medellín, n. 14, enero/jun. 1999.

_____. *Las FARC: ¿una guerrilla sin fin o sin fines?* Bogotá: Norma, 2008.

_____. *Violencia y política, ensayos sobre el conflicto colombiano*. Medellín: Hombre Nuevo; Universidad del Valle, 2003.

REVEL, Judith; NEGRI, Antonio. Inventer le commun des hommes. *Multitudes*, n. 31, p. 5-10, 2007.

ROLNIK, Suely. *Cartografia sentimental: transformações contemporâneas do desejo*. 3. ed. Porto Alegre: Sulina; Editora da UFRGS, 2011.

_____. “Fale com ele” ou como tratar o corpo vibrátil em coma. Conferência proferida no Simpósio Corpo, Arte e Clínica, Porto Alegre, 11 abr. 2003..

_____. Geopolítica da cafetinagem. *Ide*, São Paulo, v. 29, p. 123-129, 2006a.

_____. Politics of flexible subjectivity: the event-work of Lygia Clark. In: SMITH, Terry; CONDEE, Nancy; ENWEZOR, Okwui. *Antinomies of art and culture: modernity, postmodernity and contemporaneity*. Durham: Duke University Press, 2006b.

ROLNIK, Suely; GUATTARI, Félix. *Micropolítica: cartografías do desejo*. 11. ed. Petrópolis: Vozes, 2011.

URIBE ALARCÓN, María Victoria. *Antropología de la inhumanidad: un ensayo interpretativo del terror en Colombia*. Cali: Norma, 2004.

_____. *Matar, rematar y contramatar: las masacres de La Violencia en Tolima, 1948-1964*. Bogotá: Cinep, 1990.

_____. *Salvo el poder todo es ilusión – Mitos de origen: Tigres Tameses de Sri Lanka, Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, Irish Republican Army*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2007.

URIBE ALARCÓN, María Victoria; VÁSQUEZ, Teófilo. *Enterrar y callar: las masacres en Colombia, 1980-1993*. Bogotá: Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos, 1995.

URIBE DE HINCAPIÉ, María Teresa. Las soberanías en disputa: ¿conflictos de identidades o de derechos? *Revista Estudios Políticos*, Medellín, n. 15, 1999.

URIBE de Hincapié, María Teresa. Notas preliminares sobre resistencias de la sociedad civil en un contexto de guerras y transacciones. *Revista Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia*, Medellín, n. 29, p. 63-78, jul. / dic. 2006.

_____. Las soberanías en vilo en un contexto de guerra y paz. *Revista Estudios Políticos*, Medellín, n. 13, p. 11-37, jul./dic. 1998.

Fuentes orales

CARROLL, Alicia. *Refugiados colombianos en São Paulo y Barcelona*. Entrevistador: Rafael Estrada Mejía. São Paulo, 11, 12 y 13 sept. 2007.

DÍAZ, Bruno. *Refugiados colombianos en São Paulo y Barcelona*. Entrevistador: Rafael Estrada Mejía. Barcelona, 8 y 12 oct. 2008.

LONDOÑO, Azucena. *Refugiados colombianos en São Paulo y Barcelona*. Entrevistador: Rafael Estrada Mejía. São Paulo, 9 y 14 marzo 2007.

LONDOÑO, Margarita. *Refugiados colombianos en São Paulo y Barcelona*. Entrevistador: Rafael Estrada Mejía. São Paulo, 9 y 14 marzo 2007.

Resumen: ¿Cómo es posible experimentar el terror que produce la guerra? ¿Cuáles son los efectos *micropolíticos* que este acontecimiento suscita? Me propongo mostrar a través de un caso concreto cómo es posible horadar la actual política de subjetividad que anestesia nuestra vulnerabilidad a la alteridad, adentrando el lector en la experiencia de la guerra narrada por *viajeros forzados* colombianos residentes en São Paulo y Barcelona. Describo cómo se efectúa este encuentro y cómo el *devenir viajero forzado* va ganando espesura de real. Enuncio que su efectuación posibilita el despertar del *cuero vibrátil*, suspendiendo, en consecuencia, la política de subjetividad hegemónica. Apunto también que en la práctica etnográfica las voces de los otros posibilitan la activación de la capacidad de aprehensión de la alteridad. Abordo las narrativas en la dimensión de bloques de afectos, de sensaciones, no de memorias, pues un bloque es siempre actual mientras el recuerdo remite indefectiblemente al pasado. El recuerdo es un pésimo principio, si en algún momento se evoca es para exorcizar el pasado.

Palabras clave: colombianos, refugiados, desterritorialización, micropolítica, subjetivación.

The body as war territory: micropolitical effects of the armed conflict in Colombia

Abstract: How is it possible to experience the terror produced by war? What are the *micropolitical* effects of this event? By using a concrete case, my aim is to show how it is possible to tear apart the contemporary politics of subjectivity, more specifically the politics that anesthetizes our vulnerability to otherness, with the reader entering the war experience narrated by *forced* Colombian *travelers* living in Sao Paulo and Barcelona. Herein I describe this *encounter* as well as how the *forced traveler becoming* gains real dimension. I enunciate that its occurrence enables the awakening of a *vibratile body*, thereby suspending the hegemonic politics of subjectivity. I point out that in ethnographic practice the voices of others allow for the simultaneous activation of our ability to apprehend otherness. In this sense, I approach the narratives of blocks of affections and feelings, and not of memories, because a block is always contemporary, whereas memory indefectibly refers to the past. Reminiscences are a terrible principle. If they are evoked at any time, they serve to exorcize the past.

Keywords: Colombians, refugees, deterritorialization, micropolitics, subjectivation.

Recebido em 25/02/2015

Aprovado em 30/04/2015